

tiene superioridad sobre el Partido Liberación Nacional, debido al esfuerzo que según decís ustedes han hecho.

R. Así es. Hay dos situaciones reales: la mayor cantidad de profesionales y ambientalistas están

en Liberación Nacional, pero el Partido Social Cristiano es el que ha hecho el mejor o el mayor esfuerzo ideológico referente a lo ambiental dentro de su estructura.

Políticas de consumo sustentable

MANUS VAN BRAKEL

La discusión sobre políticas de consumo sustentable arrancó con las actividades preparatorias de la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro, en 1992. A ésta los gobiernos de los países en vías de desarrollo llegaron a reprochar a los gobiernos de los países ricos e industrializados sus patrones de consumo, calificándolos como la raíz del problema ambiental. Reclamo justificado, porque el 20% de la población mundial, que es la cantidad que vive en los países ricos, estaba entonces consumiendo el 80% de los recursos naturales.

Los gobiernos ricos se incomodaron con tal reclamo -por ejemplo el Presidente Bush manifestó ofuscado que él no asistía para discutir el estilo de vida norteamericano-. Pero, no obstante las molestias, la Agenda 21, documento salido de la Conferencia, tiene un capítulo, el cuarto, dedicado exclusivamente al tema de políticas de consumo y producción sustentable, destinado particularmente a los países ricos, donde se dice qué tienen que hacer ellos.

Después de la Conferencia de Río la discusión sobre hasta qué punto había que reducir el consumo para que fuera sustentable cundió en los países ricos. Las ONGs ambientalistas llegaron a la conclusión de que realmente no era el consumo en general, sin más, el que tenía que ser atacado, sino más bien había que poner el acento en el vínculo entre consumo individual y

uso de recursos naturales, procurando disminuir este último hasta el punto en que se pudiera llegar a satisfacer en el futuro las necesidades de las próximas generaciones, sin excluir a la descendencia de toda la población que está debajo del consumo mínimo ahora. Como se ve, el aspecto de la equidad quedó convertido en fundamental: todo el mundo tiene el derecho de consumir una cierta cantidad de recursos. En torno a la necesidad de reducir el consumo de combustibles fósiles y de minerales se estableció consenso. El reto principal empezó a ser cómo reducir el uso de los recursos naturales y mantener el mismo nivel de consumo en los países del norte, o, en su defecto -o ambas cosas-, cómo convencer a los consumidores de tales países de que hay que reducir el consumo individual.

Se comenzó a deliberar acerca de cómo ser más eficientes en la producción de bienes, para así ahorrar recursos. Y también acerca de cuáles son las necesidades básicas de la gente y cómo satisfacerlas insumiendo menos recursos. Se estableció que había que reducir el consumo de recursos en 10 veces en un plazo de 50-60 años, y en 4 veces en 20 años. Y pasando a un plano más cercano a la acción se emprendió -entre varias otras cosas-, conjuntamente con la empresa Phillips -de Holanda-, un trabajo en torno a la reutilización de los televisores que los consumidores desechan, a fin de producir

nuevos: se determinó que era posible reutilizar, en la construcción de nuevos aparatos, el 96% de los minerales utilizados en la fabricación de los anteriores. Pero esta reutilización supondría, necesariamente, que el fabricante produjera pensando en la reutilización.

El repensar las relaciones entre consumo y producción fue también tema de una reunión promovida por el gobierno de Noruega con ministros de distintos países y con el Consejo Mundial de Negocios. Pero éstos rechazaron tal iniciativa dado que la misma redundaría en perjuicio de las empresas proveedoras de materias primas a las empresas productoras de bienes finales -las cuales son quienes conectan directamente con los consumidores-. Entonces, lo que recomendó esa reunión fue que la Organización para la Cooperación en Desarrollo Económico (OCDE) buscara opciones de *ecoeficiencia*. O sea, que las relaciones entre producción y consumo siguieran siendo como venían, pero ecológicamente más eficientes; que el crecimiento económico siguiera y que el consumo de recursos se redujera por medio de la *ecoeficiencia*: insumir menos energía y menos materiales en la producción de bienes y servicios. Lo malo es que si la producción continúa creciendo la suma total de lo insumido no bajará, sino seguramente lo contrario. En Holanda, por ejemplo, el crecimiento de eficiencia es 1.6% pero el de la producción es 3%, lo que muestra que a largo plazo la *ecoeficiencia* no es una opción real. Entonces, después de cinco años de discusión de parte de las ONGs los gobiernos se están dando cuenta de que no se puede lograr una baja sustancial del uso de recursos -por ejemplo del orden de factor 4 en un plazo de 20 años- sólo con la *ecoeficiencia*, constituyendo esto una gran victoria para las ONGs.

En lo que hay desacuerdo, pues, es en cómo llegar a ese punto, ya que todo mundo reconoce que es necesario, y en cuáles son las herramientas para lograrlo. Los países en vías de desarrollo deben también responder a ese interrogante.

Hace tres años Amigos de la Tierra -de Holanda- empezó a dialogar con otras organizaciones del sur sobre las consecuencias -positivas y

negativas- de que los países industrializados redujeran su uso de recursos, y sobre si era posible crear una situación en la que norte y sur ganaran. Se empezó a hablar, en concreto, del tema de los combustibles, de los minerales, del uso de la tierra... Fue reconocido que es necesario reducir drásticamente el uso de los recursos naturales, porque a partir de allí los países en vías de desarrollo podrán llegar a tener la posibilidad de usar para su provecho directo los mismos en el futuro, aunque de una manera sustentable. Pero tal necesaria reducción actual choca con la presión de los países industrializados que demandan más y más recursos. También se consideró como un reto el lograr una mayor calidad de vida utilizando una menor cantidad de recursos naturales -reto que debiera ser distinto en el norte que en el sur-.

Actualmente se están dando muchos diálogos entre países ricos y pobres sobre la adopción de políticas de consumo y producción sustentables: Alemania está hablando con Sudáfrica, Holanda con Costa Rica y Ghana, Inglaterra con Chile. En la discusión con Ghana, en la que estuve presente, había representantes del gobierno, de la industria y de ONGs, y hubo consenso en que es muy peligroso pensar que podemos seguir con el modelo como está. Se vio ahí que cada día hay más destrucción de los bosques, contaminación de aguas, etcétera, y a la vez hay crecimiento de la población, lo que puede llevar al colapso. Pero, se preguntó, ¿cuáles son las alternativas reales?, ¿cómo debe ser una política de consumo sustentable en Ghana? Como punto de partida para ver alternativas se consideró el año 2020: se asumió que para entonces el crecimiento de la población habrá sido del 40% o 50%, y se hicieron proyecciones acerca de las necesidades de esa cantidad de personas en cuanto a energía, a seguridad alimentaria, a vivienda y en cuanto a movilidad, y, entonces, se empezó a analizar si con el uso actual que se está dando de los recursos naturales se podrían satisfacer las necesidades futuras. En cuanto a alimentación se determinó que si se cambiara y se produjera de una forma más sustentable sí se podrían satisfacer las necesidades respectivas, y se vio que replanteando en general la relación producción-consumo el crecimiento económico

sería posible, y a tasas más altas que si se siguieran las políticas del FMI.

Lo que se tiene que hacer es repensar totalmente las políticas, también las políticas de ajuste estructural. Es decir, Ghana no puede seguir endeudándose y pagando crecientemente para lograr la supervivencia. El caso de Chile, cuya economía está basada en la extracción y exportación de los recursos naturales, ilustra como la dependencia de las exportaciones de productos primarios, aunque pueden llevar al crecimiento económico, llevan también a la marginación de enorme parte de la población. Aunque haya crecimiento económico sigue creciendo el número de pobres.

Las ONGs deben -estratégicamente- enfatizar en los aspectos negativos de este tipo de políticas económicas basadas en la extracción de los recursos naturales, pero, trascendiendo la crítica, ellas y los movimientos populares en general deben pasar a proponer políticas alternativas para el cambio.

La OCDE recientemente presentó un documento, que será objeto de discusión suya el próximo abril, en el que se reconoce que no ha habido mayor adelanto en la discusión sobre desarrollo sustentable en el mundo y en el que, aunque menos directamente, se reconoce también que las Naciones Unidas, y el mundo, no son capaces de manejar la situación de crisis ambiental planetaria. La recomendación conclusiva es que la OCDE debe liderar el enfrentamiento de la misma colocando el tema del consumo y la producción en el lugar de la piedra angular de un futuro desarrollo mundial alternativo sustentable.

(Lo anterior es una transcripción de la conferencia que en febrero recién pasado el Dr. Van Brakel impartiera en la Universidad Nacional por invitación de la Asociación Ecologista Costarricense, el Centro de Capacitación para el Desarrollo y el Centro de Política Económica -UNA-, que ejecutan conjuntamente un pre-proyecto de trabajo sobre consumo sustentable financiado por el Acuerdo Bilateral sobre Desarrollo Sostenible Costa Rica-Holanda.

MANUS VAN BRAKEL, miembro de Amigos de la Tierra -Holanda-, es economista, consultor internacional y coautor de *Holanda sustentable* (1993).

Según esto será esa organización quien establezca las políticas para países ricos y pobres. Se trata, pues, de la misma idea asumida por las ONGs holandesas (...)

En su misión, la OCDE pretende exportar su modelo de ecoeficiencia inicialmente a Brasil, Chile, Rusia, India e Indonesia. Ese modelo es ampliamente criticado por las organizaciones no gubernamentales en el norte, considerándosele una visión y una solución neoliberal del consumo sustentable: De acuerdo a las prácticas actuales de hacer negocios y al objetivo de reducir el uso de los recursos, lo que el modelo pretende es subir los precios. Pensamos que esa es una opción muy peligrosa principalmente para los pueblos pobres, y es la misma que se está escuchando desde la Organización Mundial de Comercio. Indudablemente el alza de precios conduciría a una reducción del uso recursos, por ejemplo de los recursos fósiles, pero redundará en un problema para los países más pobres, y también para los más pobres de los países ricos, los que en Europa están marginalizados, los que constituyen el ahora llamado cuarto mundo.

Por esto es fundamental la propuesta de las organizaciones no gubernamentales, porque esta parte de la urgencia de satisfacer las verdaderas necesidades de las personas, las que son pobres en el norte y las del sur. Así, esta aproximación se transforma en una lucha social, o sea, la reducción del consumo de energía en la satisfacción de necesidades se transforma en una lucha social que beneficia primero que todo a las capas más desposeídas de la población.